

Vallejo, Trilce Vallejo...

Notas a una caudalosa edición*

I

Se asiste al centenario del nacimiento de César Vallejo. En el aire se intensifica el perfume inconfundible de su poesía. Los heraldos blancos están preparados para embocar las trompetas. Y todos los que sentimos al Cholo vivo en sus versos irrepitibles somos impelidos —emocionados, sí, emocionados— a depositar la piedra blanca de nuestro recuerdo, piadoso y tenaz, sobre la piedra negra del paso, más tenaz, del tiempo irreparable.

En estos días, semanas y meses de espera pre-conmemorativa, van llegando a mis manos invitaciones para intervenir en lugares separados entre sí por miles de kilómetros, ruegos para participar en tal o cual número especial de revistas que, sin un homenaje centenario a Vallejo, piensan —y con razón—, quedarían salpicadas por las gotas salobres del remordimiento y de la mala conciencia...

También llegan libros. En estas líneas, voy a ocuparme de uno cuyo título es, en sí mismo, una tentación invencible: *Trilce*. *Trilce* es, en efecto, el hueso más duro de roer para los lectores de Vallejo y, también, para sus críticos y escoliastas. No es para menos, dado el tortuoso y reconcentrado hermetismo del poemario. A juicio de Julio Ortega, «*Trilce* es el libro más radical de la poesía escrita en lengua castellana» (pág. 9).

Ofreceré a mi lector, como es de rigor, una información exhaustiva. Sí, la suficiente para que esta edición de *Trilce* sea conocida, y con la intención declarada de que mi lector la lea; más: con la intención de que haga de esta edición un libro de consulta amiga en posteriores lecturas, porque en él encontrará una cantidad muy elevada de datos extratextuales y contextuales de asegurada eficacia para raer ignorancias inconscientemente asimiladas, y, en consecuencia, para lograr un conocimiento más profundo de Vallejo, de su poesía y, en concreto, de la poesía de *Trilce*. Si además, esta edición es una brecha para penetrar en el sentido entrañado del poemario, mejor que mejor.

También me parece de lógico rigor ofrecer algunas impresiones personales que en el fondo son reflexiones críticas. También ellas llevan conectada una intención; ésta: que Vallejo siga conservando esa capacidad de desorientación y de interpretaciones plurales que su poesía, justamente por ser poesía auténtica, provoca de manera inevitable; y *Trilce*, de forma muy acentuada y peculiar.

II

El libro se presenta con la sobria elegancia a la que Cátedra nos tiene acostumbrados y hace el número 321 de la Colección «Letras Hispánicas». Julio Ortega es un vallejianista con muchas horas de vuelo y su nombre, colocado en la portada de una edición de *Trilce*, es, en principio, un sello de garantía.

Se abre la edición con una *Introducción* de quince páginas en las que Julio Ortega, contra lo que es habitual en este tipo de ediciones, no toca en absoluto el aspecto biográfico ni existencial de César Vallejo, ni otros aspectos que de ordinario son considerados como elementos introductorios bien acomodados. No. Julio Ortega urde la *Introducción* únicamente con los hilos de *Trilce*: sobre este poemario trata en concreto y en exclusiva la *Introducción*, motivo por el que ésta puede ser considerada, con toda justicia, como un estudio crítico, bien cimentado y con algunos rasgos de indudable originalidad, sobre el poemario.

* César Vallejo, *Trilce*, edición de Julio Ortega, Madrid, Cátedra, 1991, 390 páginas.

Los aspectos circunstanciales de *Trilce* nos son ofrecidos en «Nota sobre esta edición» (págs. 25-29): génesis del poemario, razones y sentido del título, coyuntura personal de Vallejo cuando el libro apareció, ediciones tenidas en cuenta en ésta, a saber, la primera, la segunda, la de Larrea y la de Ferrari (desechando las enmendaduras de las dos últimas). Asegura Ortega que esta edición suya establece «un texto fidedigno y solvente» (pág. 28), que es una edición comentada «que se hacía necesaria» (pág. 28)... y que «en el primer centenario de Vallejo, este trabajo es de homenaje a la palabra más difícil y genuina en el idioma que nos dice» (pág. 29).

La *Bibliografía* (págs. 31-39) es breve, hecho curioso y paradójico porque, en la página 28, nos ha dicho Ortega que *Trilce* ha sido tratado y discutido por él «a lo largo de seminarios sobre la poesía de Vallejo, en las Universidades de Texas (1980 y 1985), de California, Santa Bárbara (1987) y Brown University (1989)»...

El texto de *Trilce* ocupa de la página 41 a la 351, dato que se explica por los caudalosos comentarios que acompañan, en nota de diminutos tipos de imprenta, a todos y cada uno de los 77 breves poemas de Vallejo. Las notas conforman —como resulta evidente tras su lectura— un tratado sobre la poética vallejeana; dicho más exactamente: conforman la opinión que Julio Ortega se ha ido haciendo sobre la poesía de Vallejo. El esquema tipo es éste: cada poema va encabezado por un número de orden en numeración romana, en el margen derecho los versos son numerados de cinco en cinco con números árabes —como es habitual—, y, terminado el poema, viene, ocupando toda la caja, la nota-comentario que, en algunos casos, llena hasta cinco páginas de apretada tipografía.

En *Apéndice* (págs. 361-384) encontramos: el poema «Trilce», publicado en la revista coruñesa *Alfar*, núm. 35, octubre, 1923, pág. 19; «Palabras prologales», de Antenor Orrego, a la primera edición de *Trilce* (1922); «Noticia», que escribió José Bergamín para la segunda edición, aparecida en Madrid en 1930; y «Valle Vallejo», salutación de Gerardo Diego para esa misma edición madrileña.

Estos datos, aunque escuetamente expuestos, nos hacen tomar conciencia de tener entre las manos una edición especial de *Trilce*, sin duda una de las mejores y, para los ansiosos de abrir el grifo de la poesía vallejeana y saciar con fruición consciente su sed en ella, tal vez la mejor; ello, debido a las notas-comentario que son

las que, indudablemente, caracterizan a esta edición, al tiempo que son, también, las que más reticencias pueden despertar en los, digamos, «especialistas» —si es que alguien puede tenerse por «especialista» en Vallejo... y dogmatizar como tal—. Resulta claro que, al escribir estas palabras, estoy afirmando que yo no me tengo por especialista. Pero, como en la poesía vallejeana todavía «hay, hermanos, muchísimo que hacer», me voy a permitir trasladar al lector algunas reflexiones personales, cumpliendo, así, lo prometido.

III

La *primera reflexión* se refiere a lo que Ortega escribe (pág. 26) respecto al título que Vallejo dio al poemario, *Trilce*, luego de abandonar otros que había ido pensando sucesivamente con anterioridad. Ortega opina que las interpretaciones basadas en el número «tres» son desechables. En esta opinión estoy totalmente de acuerdo con él. Pero opina también que la interpretación derivada de «triste» y «dulce» es inverosímil, y en esto no puedo estar de acuerdo. En su bibliografía cita un libro mío en el que, cabalmente, hace tiempo ya, traté de demostrar —y todavía hoy estoy convencido de que lo conseguí—, no sólo que la palabra «trilce» es una contracción de «triste» y «dulce», sino que la *trilcedumbre* es una de las claves más productivas de toda la obra vallejeana —de la escrita en prosa también—; una clave de eficacia tal que permite abrir —mejor sería, entreabrir— la puerta del hermetismo innegable de su poesía, y, además, la puerta de la personalidad misma del hombre César Vallejo Mendoza a niveles psicológicos, mentales y de comportamiento. Evidentemente, no pretendo que Ortega cambie de opinión —ni tampoco que lea mi libro—, pero los ejemplos textuales y biográficos que en mi libro se aducen conservan hoy, para mí, la misma vigencia y la misma validez que tuvieron el primer día, por lo que seguiré creyendo, y escribiendo, que Vallejo *era un trilce* y que su poesía *es trilce*. Curiosamente, el poemario *Trilce* se constituye, desde este punto de vista, en el eje sobre el que gira toda la poesía del Cholo, algo en lo que Ortega parece coincidir puesto que él mismo dedica a *Trilce* la edición más caudalosa y erudita de las que hasta el momento se hayan hecho, por lo menos de las que yo conozco.

Segunda reflexión. Como es inevitable —por lo menos así lo ha sido hasta ahora—, los datos circunstanciales y contextuales de los poemas son tomados, en porcentaje muy elevado, del libro fundamental de Juan Espejo Asturrizaga. Como debe ser. Por eso, me produce extrañeza y me entristece que Ortega haga un tantico de menos a Espejo, calificándolo de ingenuo, sin por eso dejar de aprovecharse de sus datos a manos llenas. Ojalá venga —y pronto— alguien que supere a Juan Espejo. Mientras llega —y su llegada no se anuncia por ninguno de los puntos cardinales—, los amantes de Vallejo, sus lectores, sus estudiosos, seguiremos siendo amantes incondicionales de Espejo Asturrizaga. Julio Ortega, como resulta obligado, o casi, por su *locus vivendi*, maneja bien la bibliografía sajona, pero, en mi apreciación y aprecio personales, los que han calado más hondo en la hondura de la poesía de Vallejo lo han hecho en castellano —o en español, si se prefiere—, y el mismo Ortega es una prueba irrefutable.

Tercera reflexión. Yo mantengo la opinión de que todo poema lírico es un relato, aunque —como es lógico— no admite la recíproca. Ortega, con sus comentarios a los poemas de *Trilce*, avala esta opinión mía desde el momento en que descubre y comunica el apoyo «objetivo», la «realidad asumida», que sirve de base y de estímulo a cada poema. Esa realidad asumida —a veces una simplicísima anécdota, a veces una compleja experiencia— es el germen de una «historia», de un «discurso» y de un «tema», es decir, de un «relato» con todas las de la ley. Felicito a Ortega por su abundantísima aportación de realidades asumidas. A nivel pragmático —como él sabe muy bien— esta bandeja de realidades incita al lector y le hace más sabroso el placer de la lectura. Pero hay que añadir de inmediato que el lirismo de los poemas no está en esas realidades. El lirismo es un «algo más», un *plus* que, del texto lírico ya elaborado, emerge

en cada momento —en momentos muy señalados— de la lectura poética. El lirismo es, irremediable y felizmente, cosa de dos. Sólo así puede producirse la experiencia estética. Por eso, cuando el comentarista es consciente de este fenómeno, sabe que tratar de apresar el lirismo en elementos no raramente canónico-preceptivos —o retórico-poéticos, tanto da— es un peligro de siempre incierta fortuna —o de infortunio seguro y cierto—, y más, cuando se trata de poemas descaradamente herméticos. No es éste el caso de Ortega puesto que la mayoría de sus comentarios son sencillamente brillantes. Él sabe que quien gana siempre es el texto. Pero deben saberlo también los lectores. Por eso se dice aquí.

Más reflexiones podría poner por escrito. No. Las tres que anteceden son suficientes para un lector inteligente. No retiro ninguna de mis muestras de alegría personal ante la edición comentada ni la felicitación más efusiva para el «editor», ni renuncio a ninguna de las mínimas reticencias que, a fuer de sincero, he manifestado.

IV

Grato resulta, con ayudas y compañías como ésta, pisar el umbral del primer centenario de César Vallejo. ¡Que los que vivan cuando el segundo se cumpla, sepan, con certidumbre absoluta, que los que vivimos éste tuvimos a Vallejo como propio y que lo sentimos vivo a nuestro lado en la palabra inmarchita e inmarchitable de sus versos inmortales! ¡Que sepan que aún había en el mundo algunos rincones para el amor, y que uno de esos rincones tenía apellido de *locus amoenus* porque se llamaba..., se llama Vallejo!

F.M.G.

